

Miriam Kriger

Este número de la revista está dedicado a revisar e interrogar desde muy diversas perspectivas el vínculo actual de los jóvenes de América Latina con la política y la nación en tanto “proyecto común” del que se supone/espera que formen parte y se incluyan cada vez más plena y activamente. Ello no significa que proponamos como punto de partida la creencia en una verdad objetiva –teleológica o histórica– de la nación, sino, por el contrario, que nos detengamos a examinar los diversos modos en que ella deviene “comunidad imaginada” (Anderson, 1983), imaginada *en común*, construida en el tiempo histórico y el espacio territorial entre una y otra generación, materializada como cultura y encarnada como idiosincrasia, transmitida como legado (con su patrimonio y su acervo de triunfos y derrotas), instalada como origen y destino o reinventada como apuesta en el plebiscito cotidiano (Renán, 1947). Pero siempre imbricada con la vida misma de los últimos avenidos a su saga: los jóvenes.

Por eso, antes que nada es necesario que reflexionemos sobre qué significa estar pensando la juventud, la política y la nación *aquí y ahora*, en este tiempo y este lugar del mundo en que vemos resucitar ante nosotros a tantos muertos anunciados hace apenas una década: los *grandes relatos* (Lyotard, 1979), como la propia historia y la política, y los también *grandes* (o, al menos, viejos) identidades y sujetos o agentes, como la nación y hasta el propio Estado.

A escala planetaria, este milenio parece enfrentarnos a una variación particular de aquello que George Orwell calificó como “la avasalladora fuerza del patriotismo, de la lealtad nacional” (2003: 39), en su maravilloso texto *El león y el unicornio*, escrito en Londres durante el bombardeo nazi, cuando –parafraseándolo– *seres humanos altamente civilizados volaban sobre su cabeza, tratando de matarlo, sin sentir ninguna enemistad contra él como individuo, ni él contra ellos, sólo cumpliendo con “su deber”*. Pero, mientras que entonces el nacionalismo mostraba su faz más terrible y destructiva ligada al Poder (con mayúscula) del Estado, como un Leviatán devenido en Golem que termina matando a su amo por dejarlo crecer más de la cuenta, hoy nos muestra su faz

benigna emergiendo de las cenizas a que se redujo el gran fuego de los Estados y proyectos nacionales durante el último tercio del siglo XX, y dentro de la dinámica de los procesos imperialistas que eufemísticamente denominamos “globalización” (recordemos que los propios Estados gestionaron con fuerza y decisión su debilidad, a favor del mercado). De modo que esta vuelta del nacionalismo en clave de “re-identificación re-nacionalizadora” (Kriger, 2010) que comienza a caracterizar las transformaciones sociales de la última década –pero que ya se anunciaba en los noventa como contratendencia a la homogeneización globalizadora y su pseudo integración, con el renacer de nuevos y viejos nacionalismos (Carretero, 2007)– viene a refundar la nación “desde abajo”. Vale decir: no como empresa llevada a cabo por el Estado, sino inversamente, como empresa de la nación que sale en su rescate, abandonada, empobrecida y quebrada materialmente, pero enriquecida en su base y legitimidad social, habilitando una oportunidad para la construcción de otras y nuevas narrativas.

Eso, que en un primer momento se genera a partir del distanciamiento entre la ciudadanía y la política o su virtual divorcio, y que ha sido descrito como un rasgo global de las “contrademocracias” contemporáneas (Rosanvallon, 2006), en América Latina y de modo emblemático en la Argentina del estallido del 2001 toma la forma de *lo político destituyente-instituyente*, materializado en ciudadanías deficitarias-avasalladas-movilizadas-estalladas, versus *la política instituida*, en instituciones vaciadas y políticos corruptos-ineficaces-deslegitimados. Ahora bien, en esa crisis es bien interesante notar cómo, una vez “abandonada” por el Estado y “entregada” por una clase política *cipayá*, la nación es reconvertida simbólicamente como matriz identitaria y proyecto común por parte de la ciudadanía y el “pueblo” (un actor que el neoliberalismo borra, poniendo en su lugar a la “gente” o la “ciudadanía” no política y sin identidad histórica), con el rol destacado de ciertas instituciones centrales del dispositivo estatal tradicional, como la escuela pública, que se carga al hombro la promesa de dar de comer, educar y curar cuando el sistema colapsa (ver Kriger, 2013b). Desde allí y durante la etapa posterior a la crisis, que coincide con el gobierno de Néstor Kirchner, se genera un proceso de recuperación del proyecto nacional en diversas dimensiones simbólicas y materiales y en el cual el kirchnerismo, actuando como emergente de la crisis del sistema político (Pérez y Natalucci, 2012), recupera la legitimidad del Estado “desde abajo”. Mediante una estrategia basada en fundar transversalidad (Torre, 2005), se recrea en diversos planos de la construcción

kirchnerista “una gramática movimientista” (Pérez y Natalucci, 2012: 11) que reabsorbe a sujetos y organizaciones de todo el espectro ideológico bajo un gran paraguas partidario, pero que sin embargo –propongo– basa su potencia no tanto en lo partidario sino en lo identitario. Es decir: su matriz nacional y popular la coloca por encima y por afuera del partidismo, asociando al peronismo –ubicuamente, directamente y sin mediaciones– con la argentinidad, y a esta con una narrativa que recupera el pasado reciente tendiendo puentes intergeneracionales con unas prácticas políticas revolucionarias, populares y nacionales. En este sentido, es preciso atender a los tantos gestos épicos que desde el discurso kirchnerista han logrado crear enlaces instantáneos como *linkeando* con los puntos nodales del *gran relato* nacional (al respecto, véase el análisis de Rozitchner sobre lo que denomina el “gesto simbólico-real” de Kirchner descolgando el cuadro de Videla y Bignone)¹.

Es en este período, en consonancia con el ascenso de los gobiernos de signo similar en la región y con la construcción regional de América Latina por fuera del tutelaje del Norte –vale decir, en una región dedicada a reconstruir sus proyectos nacionales, en alguna medida iluminados por los ideales independentistas que sustentan la Patria Grande–, cuando la cuestión de los jóvenes y su politización comienza a adquirir mayor centralidad y la juventud se va configurando en diversos países –entre ellos destacamos Argentina, Chile, Colombia, México (ampliar en Vommaro, 2013)– como un sujeto político con reconocimiento social en aumento, hasta llegar a su “consagración” (Vázquez, 2013).

Y, antes de seguir, es importante hacer una aclaración para evitar el sesgo metonímico que, como señala Feixa (2006), tan presente está en los estudios de juventud y que consiste en atribuir a los jóvenes rasgos de la sociedad más amplia. Es cierto que en este período se produce una rehabilitación de la política en las sociedades en general, y

¹ Entrevista realizada por Verónica Gago a León Rozitchner el 5 de octubre de 2009 (disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-132930-2009-10-05.html>), de la cual selecciono un fragmento: “Fue muy extraño: ¿cómo Kirchner, que tuvo el coraje de desnudar el fundamento homicida del Estado, sin embargo se reduce luego a desenvolver su proyecto dentro de ese mismo espacio político que el terror había limitado? ¿Era sólo una dramatización teatral de la tragedia argentina, que se agotó en la representación pública? ¿Era el espectro de Perón que, persecutorio, volvía más intensamente por sus fueros y pedía venganza por la traición de aquel que había osado desnudar la trampa del peronismo originario, al mostrar que Perón había prolongado en la política, aunque de modo más astuto, la misma tradición de las FF.AA.? ¿Eso es lo que los poderosos y las clases medias altas no pueden perdonarle, porque al poner al desnudo el poder militar que funda al peronismo político, desnuda simultáneamente el fundamento asesino de todos los poderes? Porque el peronismo era el único partido democrático que había sido engendrado en las Fuerzas Armadas, ¿al bajar el cuadro de Videla no era también, acaso, el de Perón el que descendía?”

también que en cuanto a los jóvenes en particular implicó su acercamiento a instancias de participación formales y propiamente juveniles que habían sido fuertemente rechazadas en las décadas anteriores.

En Argentina, destacamos la reactivación del movimiento estudiantil y sus luchas a partir de 2006 (Núñez, 2008, 2010), con el acercamiento de los jóvenes a instancias partidarias. A partir de 2010, la visibilidad de la juventud se cristaliza en el espacio público en relación con la interpelación del gobierno nacional a las juventudes, por el propio Néstor Kirchner en su último acto dedicado a ellos en el Luna Park (el 14 de septiembre de 2010), y luego en lo que se configuró históricamente como el hito de la irrupción de los jóvenes: su velatorio (el 27 de octubre de 2010) y la convocatoria de la Presidenta a que continúen su legado como “jóvenes del Bicentenario” (devenidos en herederos).

Sin embargo, recordemos que este hito es simbólico y evitemos que sesgue el reconocimiento de la activación previa del movimiento juvenil, especialmente estudiantil: la formación de la Coordinadora de Escuelas Secundarias en 2005, las tomas de escuelas de 2008 y 2009, los “estudiantazos” (en secundarios y universidades, en Buenos Aires, Córdoba y otros centros urbanos del país) desde 2010 en adelante, y la emblemática muerte de Mariano Ferreyra, joven militante del Partido Obrero y dirigente estudiantil de la FUBA, asesinado mientras apoyaba la protesta de trabajadores tercerizados del ferrocarril.

Finalmente, recordemos que incluso en los denominados “apáticos y apolíticos” noventa se gestaron, no obstante, muy potentes politizaciones, entre las cuales destaco la práctica del “escrache” a los genocidas promovida por la asociación H.I.J.O.S., que constituyó una forma alternativa de justicia popular frente a la impunidad política y la clausura de justicia expresada en las leyes de obediencia de vida e indulto a los criminales de la dictadura militar; y otro tipo de prácticas ligadas a acciones políticas directas con un fuerte clivaje en lo popular, que dieron identidad a los movimientos territoriales de piqueteros y jóvenes desocupados (Vázquez y Vommaro, 2008), marcando las formas de participación política posteriores y actuales.

Volviendo a la actualidad, y tal como señala Vázquez (2012), existe hoy en nuestro ámbito una reivindicación extendida de la condición *juvenil* y una disputa por el monopolio legítimo de *la juventud* en todo el espectro político-ideológico. Por esta razón, la autora prioriza el análisis de uso de la categoría *joven* en el campo político y propone que estamos frente a una “consagración de la juventud”.

Para adentrarnos en el estudio de este proceso, quisiera proponer aquí que la constitución de “la juventud” como identidad colectiva, su invención como sujeto social y figura jurídica, y su centralidad como objeto de estudio y agenda política, tienen una estrecha relación con los andares, marchas y contramarchas del Estado nación. Por eso, con el propósito de ofrecer un marco conceptual amplio que sirva como terreno desde el cual articular y poner en diálogo los diferentes trabajos y perspectivas disciplinares y teórico-metodológicas que integran este número de la revista, voy a realizar en esta introducción una breve revisión histórica de lo que fue la formación de las juventudes en los Estados nacionales y su relación con la política, para luego focalizar en el contexto latinoamericano actual. Nuestro itinerario consistirá en un contrapunto histórico entre la invención de la juventud “desde arriba”, por el Estado, y la autoconstrucción de los jóvenes “desde abajo”. El propósito que nos guía es problematizar el pasaje de la llamada “despolitización” de los noventa a la “politización” de los jóvenes en las últimas décadas, ofreciendo algunas pistas para su abordaje situado en Latinoamérica y afirmando la necesidad de pensar la política en relación con los jóvenes como una dimensión más de su vínculo con el “proyecto común” de la nación, de densidad histórica y proyección política.

La invención de la juventud

La hipótesis es la siguiente. Así como en los albores de la modernidad –cuando Locke comienza a pensar la figura singular del niño que terminará de perfilar Rousseau, contra Hobbes y su metáfora del niño robusto (Hobbes, 1999)– la “invención de la infancia” (Ariès, 1987)² jugó un rol crucial en la impronta pedagógica del proyecto político civilizatorio de los Estados ilustrados, de modo similar la “invención de la juventud” lo hizo en una etapa posterior, cuando el carácter universalista-ilustrado de ese mundo –

² La tesis de P. Ariès analiza, a través de la iconografía pictórica, el cambio que se produce en torno al niño y su inserción en la vida social y familiar en los comienzos de la era moderna. Básicamente, se trata de la caracterización de los que se difundirán como rasgos infantiles más aceptados: la indefensión, la necesidad de ser protegido y su disposición permanente al juego, que recién en el siglo XIX será relacionada con la disposición al aprendizaje.

primeramente estatal– fue relevado por los particularismos románticos nacionales³. A partir de entonces –y en estrecha relación con el devenir histórico de los Estados nacionales en un plano global–, nos interesa destacar dos momentos muy diferentes de emergencia de “la juventud”, en cada uno de los cuales podemos a su vez distinguir entre una tendencia *desde arriba* –que corresponde a la “invención” llevada a cabo por los Estados– y una contra-tendencia *desde abajo*, que es la de la construcción de la juventud por los propios jóvenes.

La etapa inaugural podría ubicarse entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, con la primera generación de la historia socializada mundialmente en clave estatal nacionalista, donde hallamos abundantes dispositivos de filiación identitaria (incluidos los estereotipos y rivalidades con otras naciones, especialmente las vecinas)⁴, no sólo a través de la escolarización (para los niños), sino también –y de especial interés para nuestro planteo– del servicio militar obligatorio (para los jóvenes). Asistimos allí a la invención estatal de una juventud belicista, masculina y patriótica⁵.

Esa primera figura del joven ciudadano nace jurídicamente sometida al deber de “servir a la patria” como soldado; vale decir: estar dispuesto a luchar, matar a otros y entregar la propia vida en su nombre (quien no lo hiciere, podrá ser juzgado y castigado de aquí en más como “desertor”). Y a esta invención contesta con vehemencia unas décadas más tarde la construcción de un nuevo tipo de juventud por los propios actores, cuya consigna de lucha es precisamente el “No” al Estado bélico, contra la guerra de Vietnam. La contratendencia, que desde EE.UU. deviene en un movimiento juvenil antisistema de escala planetaria –aunque con identidad más cultural que política, en una reivindicación amplia del pacifismo y la revolución sexual que logra ser absorbida en pocos años por el mercado–, en otros países toma la forma de la lucha armada directa contra el Estado capitalista y el imperialismo, especialmente en América Latina y el mundo neocolonial, pero también en Europa (protagonizada por minorías nacionales

³ La fusión entre los ideales ilustrados franceses y los ideales románticos germanos en el advenimiento de los Estados nacionales en la última parte del siglo XIX, y su relación con las propuestas de Hobbes y Rousseau en torno a la figura del niño, ha sido trabajada en Carretero y Kriger (2004).

⁴ Dicen Vázquez y Gonzalbo Aizpuru al respecto: “Mientras en Francia se imponía el estudio de la historia nacional a lo largo de toda la educación con el objetivo de *generar el sentido de veneración por la patria*, los textos alemanes definían a esa nación como *‘una tierra enteramente rodeada de enemigos’*” (1994: 3).

⁵ Respecto del patriotismo, es utilizado aquí el término en la acepción que ofrece de él el discurso nacionalista. Sin embargo, es preciso aclarar que existen diferencias entre el concepto de patria y nación, señaladas extensamente en diversos trabajos, entre ellos el de Pérez Vejo (1999). Este autor reivindica la idea de patria por su impronta universal y más positiva, definida en relación al amor por el terruño y al *Pater*, ajena a las implicancias excluyentes y belicista de la de nación.

vernáculos subsumidas en los procesos de conformación de los Estados nacionales modernos, de las que dan cuenta el IRA, la ETA, etcétera) y en el mundo árabe (con las Panteras Negras). Como sabemos, estas luchas son aplastadas con la mayor violencia y el terrorismo de Estado, articulado internacionalmente en un mundo bipolar.

El segundo momento comenzaría en el último tercio del siglo XX, en relación con los procesos de globalización político-económica⁶, perfilándose con mayor claridad en la década del noventa, cuando los Estados gestionan su propio debilitamiento a favor del mercado y se desentienden de la nación⁷ y otras “ideologías” que pudieran poner freno al avance del pragmatismo neoliberal. En este contexto, en el cual se anuncia el fin de las grandes identidades históricas y de la propia historia, la juventud termina de ser “desinventada” *desde arriba* en el plano simbólico y como sujeto político, siendo interpelada, estigmatizada y producida como juventud apática, indiferente y portadora de una identidad globalizada (bancarizada) sin densidad histórica, y, por ende, sin agencia política, y sin dudas diferenciada y desconectada de la generación rebelde, “hippie”, “guerrillera”, que la precedía, pero al parecer sin traspasar su legado.

Contra ese espíritu, encontramos ya en los noventa una serie de prácticas juveniles de resistencia y/o alternativa con distinto grado de politicidad que –aun sin ser mayoritarias y estando muy distantes de la esfera de la política formal (Alvarado y Vommaro, 2010; Chaves, 2009; Kropff y Núñez, 2010; Margulis, 1996; Reguillo, 2000; Urresti, 2008)– marcan en algunos contextos la matriz de los activismos políticos de los tiempos posteriores hasta el presente. Pero es en la primera década de este siglo cuando la irrupción de los jóvenes en lo público se configura para la sociedad como una potente e inocultable contratendencia a la neutralización identitaria de la que habían sido objeto.

⁶ En este sentido, Schorr y Arceo señalan que: “Desde el punto de vista económico, el origen de las transformaciones en la dinámica capitalista de producción a escala global –conocida como “globalización”– coincide con el final de la *era de Bretton Woods* (1971-1974), momento en el cual el paradigma keynesiano comienza a ser desplazado por el neoliberal. En este primer momento se produce una rápida liberalización de los movimientos internacionales de capital, que dio lugar al desarrollo de una serie de cambios determinantes” (2008: 3). Los autores caracterizan este momento como el comienzo de “un complejo proceso de transformaciones que operó en diversos planos, y que fue impulsado inicialmente por la liberalización de los movimientos internacionales en un marco de desregulación de los sistemas bancarios y los mercados financieros (es decir, la creciente aceleración del movimiento internacional de capitales con fines especulativos) favorecida por: la contracción de las oportunidades de inversión productiva; la necesidad de los Estados de los países centrales de recurrir al financiamiento internacional; y la creciente internacionalización de las grandes empresas en un marco de inestabilidad de las paridades cambiarias” (2008: 4).

⁷ En un texto previo (Kriger, 2010a) utilicé la metáfora de un Estado que “se fue de copas”, para ilustrar cómo la escuela, al modo de una esposa abandonada, debió asumir el rol nutricional y “hacerse cargo de los niños”, componiendo paradójicamente su más fuerte capital social en el momento de mayor vulnerabilidad material, “desde abajo” y haciendo uso del eficaz dispositivo identitario en clave nacional.

La reivindicación y el rescate de los proyectos históricos comunes –regionales, nacionales y locales–, que en gran medida ellos protagonizan y hacen propios, se articulan con los reclamos como nueva generación a “recibir la posta” y ser incluidos, pero también a recuperar un futuro que parecía que les había sido arrebatado.⁸ Ello coincide con reposición más amplia en las sociedades de instituciones político-estatales que habían sido fuertemente corroídas durante la década anterior (sindicatos, partidos, escuelas, policía, ejército), así como de la protesta social y los movimientos estudiantiles (ampliar en Kriger, 2010; Núñez, 2012), que creemos expresa el involucramiento de los jóvenes en la “cosa pública” y el cuestionamiento de los roles y del desempeño de los adultos “a cargo”, además de la emergencia de nuevos significados de la política (Vommaro, 2012).

La irrupción de los jóvenes tras el tsunami neoliberal

A medida que en los diferentes países y regiones va colapsando el modelo neoliberal – en Argentina, tras el emblemático “argentino” de 2001; unos años más tarde en Chile y en Colombia, frente al vaciamiento de la educación pública (ampliar en Vommaro, 2013); y a partir de 2008 en la Europa tomada por la crisis global–, los jóvenes salen a las calles y toman la vanguardia en la protesta social, en algunos casos aliados generacionalmente con los mayores, siendo ambos extremos los más dañados por la crisis y las políticas de ajuste⁹. Y luego, en procesos poscríticos o de consolidación del proyecto, como el caso de Argentina, la organización política de los jóvenes en el ámbito estudiantil,¹⁰ que se dinamiza notablemente, ampliando y profundizando sus demandas más allá de los derechos básicos, con una alta conflictividad y formas de

⁸ En esta línea se ubica la preocupación adulta predominante entre los noventa y el nuevo siglo en el ámbito educativo, en torno a la pregunta sobre qué país heredarían los jóvenes en un contexto crítico de creciente endeudamiento, vaciamiento de la economía y privatización (desnacionalización) de la explotación de los recursos naturales. Además, gran parte de las expresiones intelectuales y artísticas de los propios jóvenes por esos años (particularmente en el rock nacional) se correspondía con esta percepción negativa, adhiriendo a lo que podríamos llamar la hipótesis de la generación desheredada y del país “desfondado” (Lewkowicz, 2002).

⁹ Esto se vio especialmente en los países europeos (en Francia en 2006, con las bajas de las pensiones, en España desde 2008 y más aún con el M.15, también en New York en 2011), pero también en otra clave en América Latina, por ejemplo, en el acompañamiento a los estudiantes en lucha por la educación política en Chile.

¹⁰ Para ampliar sobre militancias estudiantiles en la última década en Argentina, véase Núñez (2008, 2010, 2012).

militancia territoriales (para ampliar, véase: Kriger, 2012 y 2013b). Es importante destacar que, en esos años (con foco en el período que va de 2008 a la actualidad), el movimiento estudiantil logra generar una gama heterogénea, diversa y múltiple de posiciones y agrupaciones, partidarias e independientes, que contrasta con la reducción de propuestas políticas partidarias que paradójicamente afecta a la sociedad en el momento de mayor politización del discurso público.¹¹

Ahora bien, todo esto que estamos caracterizando como construcción de “la juventud” desde sus propios actores no sólo es reciente, sino presente: se sigue produciendo en una clave que aún no puede ser descifrada, pero que pone en evidencia una presencia crucial y con rasgos propios de los jóvenes en los conflictos sociales contemporáneos. Y, aunque esto se encuadra en una tendencia global, posee especificidades y diferencias en cada contexto y en sus juventudes.

Así, en América Latina y el mundo neocolonial, la recuperación del Estado nacional viene siendo mayormente liderada por propuestas políticas de signo progresista popular, contrariamente a lo que sucede en Europa o Norteamérica, donde el nacionalismo posee una impronta conservadora. Notamos que, en el primer caso, la reconstrucción del Estado en el plano material se da juntamente y potenciada por la de la nación en el plano simbólico-identitario, mientras que en el segundo, la profundización de la crisis acentúa la desarticulación entre Estado y nación que deja a los jóvenes por fuera del sistema (especialmente en los países europeos más afectados, cuya soberanía queda subordinada a la de la Unión Europea); pero en ambos se interpela al Estado como garante histórico del bien común que respalde la continuidad del proyecto, frente al mercado y al poder financiero.

Volviendo a nuestra región, la irrupción de los jóvenes y lo que hemos llamado su (auto)construcción como contratendencia a esa segunda *invención de la juventud* –que desinventa al mismo tiempo las dos figuras previas: la del joven nacionalista erigido por la primera y la del joven antisistema con que responde la contratendencia juvenil de los sesenta– genera diversas lecturas que van de la cauta propuesta de reencantamiento de lo público (Aguilera, 2011) a la celebración de la *repolitización* de los jóvenes. En este sentido, señalamos el uso de retóricas restitutivas que, al anunciar el “retorno” o la “rehabilitación” no de ciertas prácticas sino de los propios jóvenes, portan el sesgo de

¹¹ Este empobrecimiento de propuestas partidarias alternativas al oficialismo se expresó también en la polarización de la sociedad, muy distinta a la problematización política. Se hizo especialmente notable en las campañas electorales de 2009 y 2011.

no interpelar a estos sujetos *aquí y ahora jóvenes*, sino a *la juventud* como categoría objetivada y por fuera de la historia. Particularmente en Argentina, ello denota el peso autoreferencial que adquiere en este discurso la memoria generacional de los setenta, que, tal vez por su anhelo de reivindicar a los jóvenes sometidos a la violencia y terror de Estado de ese tiempo, intenta ver en el presente una continuidad entre experiencias históricamente muy diferentes, obstruyendo el reconocimiento de los rasgos singulares de la actual generación (no está de más recordar, parafraseando a Bourdieu, que “de buenas intenciones está hecha la mala sociología”). En pos de ello, los siguientes puntos pueden aportar a la conceptualización misma de las juventudes para su problematización compleja: desactivar la mirada adultocéntrica, plantear múltiples ejes para el abordaje de las juventud en plural, por fuera del mito de su homogeneidad (Braslavsky, 1986), escuchar las voces de los jóvenes y reconocer sus resistencias y acciones más allá de los marcos formales y en expresiones micropolíticas, detectar nuevos modos de participación y subjetivación política juvenil, evitar interpelar moralmente a esta juventud con mandatos ligados a la experiencia y normativización de los rasgos de otras juventudes, en particular con la de los sesenta y setenta, cuya relación con la política suele idealizarse muchas veces sin la necesaria comprensión histórica, y, finalmente, integrar la conflictiva tensión entre *la política* y *lo político* (Lefort, 1992; Mouffe, 2007) como una relación en que se instituye permanentemente lo social, entendido como mundo común con densidad histórica y potencia proyectiva.

Por otro lado, al situarnos en la coyuntura global presente en la cual se producen estas interpretaciones, notamos que asistimos, en los más diversos escenarios, a una suerte de inversión moral de los significados de “la política” –que hace diez años era “mala” y destructiva y ahora es “buena” y constructiva; antes era aquello con lo que “mejor no meterse” y ahora es eso que se mete en todo–, que no implica un cambio sustancial de sus sentidos más profundos o (menos aun) en la capacidad efectiva de la ciudadanía de tolerar, negociar, convivir con el desacuerdo y el conflicto en que se funda la política (Rancière, 1996).

Politización y nuevos desafíos

Cuando el discurso social más extendido convierte la política casi en un imperativo (moral) de su tiempo, la aseveración de que los jóvenes se han politizado comienza a parecerse demasiado en sus implicancias a la que unos años antes anunciaba lo contrario, su despolitización. Para generar una alternativa y escapar de la clausura que implica la pura inversión de los términos, propongo reformular el problema y empezar a centrarnos en el proceso que transcurre entre ellos, teniendo en cuenta que ninguno de los dos marca un estado ni un punto de llegada efectivo, sino –nada más y nada menos– un horizonte conceptual e ideológico. En relación con él, se disponen procesos sociales altamente complejos y dinámicos, que construyen el vínculo de los nuevos ciudadanos con la sociedad en su juventud, es decir: en ese momento de la vida en que se espera su inclusión al mundo adulto.

La politización sería entonces un proceso psicosocial, individual y colectivo, intra e intersubjetivo, en el cual se articulan múltiples dimensiones (representacional, cognitiva, afectiva, ético-moral, actitudinal, etcétera¹²) en las que se significa y actualiza la vida en común de una sociedad. Así planteada la cuestión, abrimos la noción de política para pensarla integradamente como una dimensión clave de la relación de los ciudadanos con el “proyecto común” de la nación, en tanto “comunidad imaginada” (Anderson, 1983) y dotada de densidad histórica (Kriger, 2010). Esto nos puede resultar muy útil para comprender más compleja y situadamente el pasaje entre lo que suele designarse como la *despolitización* de los noventa y la *politización de la última década* en contextos neocoloniales¹³ como el nuestro, donde la identidad y el sentimiento de pertenencia a la nación juegan un rol nodal en la relación histórica con la política, a su vez subyacentemente atravesada por los imaginarios de lo popular.¹⁴

¹² Esta conceptualización de la politización ha sido trabajada en un artículo reciente en el cual se presentan también resultados empíricos en relación con variables psicosociales. Véase Kriger y Bruno (2013).

¹³ Se hace referencia a la tensión entre colonia/metrópoli reeditada como centro/periferia, o como Norte/Sur, ya que en estas sociedades las pugnas dependencia/independencia han marcado tensiones fundacionales en la historia y el pensamiento político de las naciones. Los recientes procesos de globalización las reactualizaron y profundizaron, reeditando de modo explícito la disyuntiva entre el poder nacional y el internacional devenido en transnacional como disputa en la cual se juegan la soberanía y el “progreso”.

¹⁴ Me refiero, por una parte, a la matriz profunda de la nación, que en los relatos nacionales coloniales reformula en una versión *sui generis* la concepción de nación etnocultural europea, ya que su condición no es el renneriano motivo del “despertar de los pueblos”, sino, por el contrario, la asimilación y/o destrucción en clave sacrificial de los pueblos originarios. Por esta razón, la esencia de la nación argentina, por ejemplo, enraíza en el territorio y no puede hacerlo en una matriz etnocultural indígena, habiendo consagrado una identidad blanca y católica (hemos desarrollado extensamente este tema en Carretero y Kriger, 2011, y en Kriger, 2010). Por otra parte, tengo en cuenta la idea de Svampa respecto del rol que asume el dilema *civilización vs. barbarie*: “suerte de matriz que parece sostener las

A lo largo de esta breve exposición he querido mostrar que la relación de los jóvenes con la nación en tanto comunidad imaginada ha sido casi tan determinante para la configuración de las juventudes como sujeto social, como para la propia continuidad y resignificación del proyecto común. Lo que se produjo en la primera etapa de la *invención de la juventud* por los Estados nacionales y de *autoconstrucción* de los propios jóvenes en relación con el belicismo/el sistema y el pacifismo/la revolución pareció revertirse en un segundo momento, cuando el Estado des-inventó el vínculo entre nación, política y juventud y los jóvenes contestaron rescatando su herencia varios eslabones atrás en la cadena intergeneracional, desenterrándola como un tesoro descubierto en el fondo de la propia casa.

Ya en la última década y en el presente nos encontramos frente a una tercera *invención*, en la cual la juventud nacional es recuperada por los Estados nacionales en reconstrucción, en una dinámica de *re-identificación* y de *re-nacionalización*, tras el fracaso de la gestión de su propio debilitamiento en los noventa y el milagro de su resurrección en curso. Pero no aludimos con el prefijo “re” a aquello que retornaría, sino poniendo acento en el mismo *acting* del retorno (y no en su objeto). Es decir: no es el momento en que el pasado vuelve al presente, sino el que se lo sitúa en una pseudoactualidad que –voltereta mediante– deshistoriza y unidimensionaliza el presente. Otra cosa sucedería si se lograra ir más allá de la invención restitutiva, para recuperar históricamente el pasado, apropiarse de él y dar lugar a la construcción de un presente político. Cuando no es así, la *renacionalización* y la *repolitización* de los jóvenes genera en la práctica una inadecuación: ni soldados, ni pacifistas, ni revolucionarios, ellos corren el riesgo de volverse intérpretes de místicas estilizadas, domesticadas y... ajenas. Pero componer su propia canción, ser protagonistas de su proyecto histórico, implica la reinención y no el *retorno* a la nación o a la política (además, contrahistórico).

Lo dicho es un desafío no sólo para los jóvenes, sino para la sociedad integralmente,

recreaciones posteriores acerca del tema de la *Argentina dividida*” (Svampa, 2006: 11), que se desplaza y reacondiciona al imaginario de la masa, de la clase obrera, de los múltiples sujetos e interpelaciones de lo subalterno, y cuya expresión discursiva más *brutal* tal vez haya sido la del “aluvión zoológico”, frente a la cual el peronismo impuso su potente (y modernizadora) “vehiculización del fantasma de la barbarie” (2006: 283). Es crucial enfatizar lo que ha significado el peronismo en términos de la singularidad histórica de Argentina en relación con otros procesos políticos de la región, en cuanto a la incorporación de los sectores populares y la integración de clases (con el consiguiente desarrollo de las clases medias, una *rara avis* en América Latina) en un proyecto estatista modernizador y con impronta nacional y popular.

que continúa en ellos su proyecto en el tiempo y en la historia. Esto nos invita, como investigadores, a seguir indagando diversos aspectos de vínculo con lo común, a saber: el modo en que los grandes paradigmas de la nación –esencialistas y constructivistas– subyacen, se reordenan y coexisten en las concepciones políticas actuales de los jóvenes aquí y ahora; qué imaginarios de ciudadanía y de lo popular vitalizan o paralizan sus disposiciones a participar; cuáles son las herramientas de que disponen, que les han sido legadas y que ellos acuñan por cuenta propia; qué relatos y qué valores (de qué repertorios: religiosos, liberales, marxistas, populares) organizan el *ethos solidario* y político generacional; etcétera.

Es necesario aún escuchar las voces de los jóvenes: qué respuestas darán a esta interpelación que tanto puede generar adhesiones como estigmatizaciones, pero también puede habilitarlos a construir sus propias posiciones y significados, a autocalificarse como sujetos políticos. Mientras tanto, al interior de las disputas por la incorporación de los jóvenes en la política y su reconocimiento social legítimo, en Argentina encontramos una amplia gama de acciones sociales que reformulan jurídicamente la condición de la juventud desde lógicas múltiples, que pueden ser interpretadas como promotoras de la habilitación o del encuadramiento juvenil, según se vea. Entre ellas, la ley de ampliación del voto a los dieciséis, el proyecto de baja de edad de imputabilidad penal, la ley de centros de estudiante. Casi todas fueron y siguen siendo impulsadas por iniciativa adulta, con mejor o peor recepción posterior entre los jóvenes, que de este modo se perfilan en principio más como destinatarios que protagonistas. Tampoco el “voto joven” es un logro producto de una demanda propia juvenil: si bien ellos detentan un creciente interés y participación en la política y en lo partidario, mayormente su activismo parece caracterizarse aún por modalidades más informales y, sobre todo, por su carácter colectivo, emparentable a formas democráticas *de intervención* y *de implicación* más que *de expresión* (Rosanvallon, 2006). Resta aún que los jóvenes logren apropiarse plenamente de este derecho y conferirle sus sentidos propios, una tarea que es de ellos principalmente, pero que interpela a toda la sociedad, y especialmente la educación y las políticas públicas, que deben habilitar y generar las mayores condiciones de autonomía y oportunidades de inclusión.

Para terminar, quiero recordar que los jóvenes no componen un sujeto colectivo homogéneo, que, por el contrario, son muy diferentes entre sí, asimétricamente diferentes, en correspondencia con las desigualdades de clase, étnicas y culturales, que además son extremas en América Latina. Por eso mismo, es tan complejo pero también

tan relevante, tan crucial para nosotros, poder encontrar ya no rasgos comunes, sino vivencias, horizontes, experiencias generacionales *en común*, compartidos o a compartir, que atraviesen y vertebran esta apuesta por seguir *viviendo juntos*.

Esperamos contribuir a ello con las diversas miradas y producciones que se encuentran en este número, convocados a pensar acerca de esta variante al fin de la “aventura obstinada” (Badiou y Truong, 2012)¹⁵ que solemos llamar nuestro “proyecto común” (aun o precisamente en esta *pluralidad* desigual que nos desafía a seguir trabajando).

Bibliografía

Aguilera, O. (2011). “Acontecimiento y acción colectiva juvenil. El antes, durante y después de la rebelión de los estudiantes chilenos en el 2006”. En: *Propuesta Educativa*, Vol. 1, Año 20, Nro. 35.

Aldridge, D. (2006). “The Limits of Master Narratives in History Textbooks: An Analysis of Representations of Martin Luther King, Jr”. En: *Teachers College Record*, Vol. 108, Nro. 4, Columbia University.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.

Alvarado, S. V. y P. Vommaro (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: Algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lectura (1960-2000)*. Buenos Aires: CLACSO.

Arceo, E. y M. Schorr (2008). “Globalización: Repensando la relación centro-periferia”. En: Kriger, M. (coord.). Curso de posgrado “Globalización consumos e identidades”. Disponible en: <http://cursos.caicyt.gov.ar/course/view.php?id=61>.

Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.

Badiou, A. y N. Truong (2012). *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós.

Bourdieu, P. (1990). “La ‘juventud’ no es más que una palabra”. En: *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.

¹⁵ Badiou se refiere al amor como “aventura obstinada”, que parafraseamos aquí porque también en el proyecto común hay una dimensión amorosa. Esta se halla presente en variada literatura, entre la cual y de un modo inaugural en lo que hace al pensamiento de lo social, las masas y las multitudes está Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (2000).

- Braslavsky, C. (1986). *Informe de situación de la juventud argentina*. Buenos Aires: CEAL.
- Bruno, D., A. Barreiro y M. Kriger (2011). "Representaciones sociales de la política en los jóvenes: corrupción institucional y mentira". En: *KAIROS. Revista de Temas Sociales*, Año 15, Nro. 28. Universidad Nacional de San Luis. Disponible en: <http://www.revistakairos.org>.
- Carretero, M. (2007). *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global*. Buenos Aires: Paidós.
- Carretero, M. y M. Kriger (2004). "¿Forjar patriotas o educar cosmopolitas? El pasado y el presente de la historia escolar en un mundo global". En: Carretero M. y J. F. Voss (2005). *Aprender y enseñar la historia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castorina, J. A. y G. Faigenbaum (2003). "The epistemological Meaning of Constraints in the Development of Domain Knowledge". En: *Theory & Psychology*, 12 (3).
- Chaves, M. (comp.) (2009). *Estudio sobre Juventudes en Argentina 1. Hacia un estado del Arte 2007*. La Plata: Edulp.
- Coleman, J. C. y L. B. Hendry (2003). "Política, Altruismo y Acción Social". En: *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Morata.
- Dukuen, J. (2013). "Otros territorios: una discusión sobre la relación entre cultura y política desde Bourdieu aplicable al estudio de jóvenes escolarizados". En: *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, Nro. 7. La Plata: FPyCS-UNLP. En prensa.
- Hahn, C. L. (2006). "Comparative and international social studies research". En: K. C. Barton (ed.). *Research methods in social studies education: Contemporary issues and perspectives*. Greenwich, CT: Information Age Publishing.
- Hobbes, T. (1999). *Tratado sobre el ciudadano*. Madrid: Trotta.
- Hobsbawm, E. (2000). *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Feixa, C. (2006). "Generación XX: Teorías sobre la juventud en la era contemporánea". En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Vol. 4, Nro 2. Manizales: Colombia.
- Fernández-Cid, H. (2012). "La formación ciudadana y los procesos de identidad en jóvenes: una mirada a los valores que aparecen en las narrativas sobre situaciones de injusticia social". Ponencia presentada en I Jornadas de Jóvenes Investigadores en Educación. Buenos Aires: FLACSO Argentina.
- Freud, S. (2000). *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza.

Kruger, M. (2007). "Historia, Identidad y Proyecto: un estudio de las representaciones de jóvenes argentinos sobre el pasado, presente y futuro de su nación". Tesis doctoral presentada y aprobada ante FLACSO Argentina.

— (2010). *Jóvenes de escarapelas tomar: Escolaridad, enseñanza de la historia y formación política en la Argentina post - 2001*. La Plata: Edulp, Observatorio de Medios y Jóvenes de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP y CAICYT CONICET

— (2011). "La enseñanza de la historia reciente como herramienta clave de la educación política. Narrativas escolares y memorias sociales del pasado dictatorial argentino en las representaciones de jóvenes estudiantes de la Ciudad de Buenos Aires y conurbano (2010-11)". En: *Persona y Sociedad*, 25 (3), Santiago de Chile.

— (comp.) (2012). *Juventudes en América Latina: abordajes multidisciplinares sobre identidades, culturas y políticas del siglo XX al siglo XXI*. Buenos Aires: CAICYT CONICET.

— (2013a). "Jóvenes en escena: Reflexiones acerca de la despolitización y la politización juvenil en la Argentina, entre la desestructuración y la reestructuración del Estado Nacional". En: *Revista del Observatorio Argentino de Violencia en las Escuelas de la Red de investigadores sobre los vínculos en la escuela*. Ministerio de Educación de la Nación, Nro. 2.

— (2013b). "Un estudio sobre las representaciones de 'la política' y 'lo político' entre jóvenes estudiantes argentinos". Ponencia presentada ante el *Congreso Internacional de Investigadores sobre Juventud*. La Habana, marzo de 2013.

— (2013c). "Pedagogía y política: Reflexiones y preguntas históricas en torno a la formación de los ciudadanos en la escuela estatal". En: La Asociación de Profesores de Educación Social y Cívica, Sociología y Derecho del Uruguay. *Ciudadanía y participación: ¿una relación en crisis?* Montevideo: La Asociación.

Kruger, M. y D. Bruno (2013). "Youth and Politics in the Argentine Context: Belief, Assessment, Disposition, and Political Practice among Young Students (Buenos Aires, 2010-12)". En: *C@hiers de psychologie politique*, Nro. 22. Francia: Université de Caen.

Kruger, M. y J. Dukuen (2012). "Clases sociales, capital cultural y participación política en jóvenes escolarizados. Una mirada desde Bourdieu". En: *Question*, 1 (35). La Plata.

- Kruger, M. y H. Fernández-Cid (2011). “Los jóvenes y la construcción del ciudadano ideal. Una aproximación a las acciones y relatos de ciudadanía de jóvenes escolarizados de Buenos Aires”. Ponencia presentada en el III Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata.
- Kropff, L. y P. Núñez (2010). “Eje Acción, participación, opciones y estrategias políticas”. En: Cháves, M. *Juventudes en Argentina1. Hacia un estado del arte/2007*. La Plata: Edulp
- Lefort, C. (2007). *El arte de escribir y lo político*. Barcelona: Herder.
- Lewkowicz, I. (2002). *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad postestatal*. Buenos Aires: Paidós.
- Levin, F. (2008). “El pasado reciente, entre la historia y la memoria”. En: Kriger, M. y M. Borrelli (coord.). Curso de posgrado “La historia reciente como desafío a la investigación y el pensamiento en Ciencias Sociales”. Buenos Aires: CAICYT-CONICET. Disponible en: <http://ecursos.caicyt.gov.ar>.
- Lorenz, F. (2004): “Tomala vos, dámela a mí. La noche de los lápices: el deber de memoria y las escuelas”. En: Jelin, E. y F. Lorenz. (comps.). *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Liotard, J. F. (1993). *La condición posmoderna*. Buenos Aires: Planeta.
- Margulis, M. (2008). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Núñez, P. (2008). “La redefinición del vínculo juventud política en la Argentina: un estudio a partir de las representaciones y prácticas políticas juveniles en la escuela secundaria media”. En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Vol. 6, Nro. 1. Manizales, Colombia.
- (2010). “Escenarios sociales y participación política juvenil. Un repaso de los estudios sobre comportamientos políticos desde la transición democrática hasta Cromagnon”. En: *SAAP*, Vol. 4, Nro. 1.
- (2012). “Comportamientos políticos juveniles desde la transición democrática hasta la “toma” de escuelas”. En: Kriger, M. (comp.). *Juventudes en América Latina: abordajes multidisciplinares sobre identidades, culturas y políticas del siglo XX al siglo XXI*. Buenos Aires: CAICYT-CONICET.
- Orwell, G. (2010), *El león y el unicornio y otros ensayos*. Madrid: De bolsillo.

- Pérez, G. y A. Natalucci (2012). “El kirchnerismo como problema sociológico”. En: Pérez, G. y A. Natalucci (comps.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires: Trilce.
- Pérez Vejo, T. (1999). *Nación, Identidad Nacional y otros mitos nacionalistas*. Oviedo: Nobel.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles*. Buenos Aires: Norma.
- Renan, E. (2006). *¿Qué es una nación?* Madrid: Sequitur.
- Sennett, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.
- Torre, J. C. (2005). “La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el Partido Justicialista”. En: Baistrocchi E. et al. (2005). *Argentina en perspectiva. Reflexiones sobre nuestro país en democracia*. Buenos Aires: Universidad Torcuato DiTella y La Crujía.
- Urresti, M. (2008). “Nuevos procesos culturales, subjetividades adolescentes emergentes y experiencia escolar”. En: Tenti Fanfani, E. (comp.). *Nuevos temas en la agenda de política educativa*. Buenos Aires: UNESCO, IIEP, Siglo XXI.
- Vázquez, J. Z. y P. Gonzalbo Aizpuru (comps.) (1994). *La enseñanza de la Historia*. Washington: Interamer OEA.
- Vázquez, M. (2012). “La juventud como causa militante. Aproximaciones al activismo, la participación y la *gestión militante* entre jóvenes kirchneristas”. Ponencia presentada en el Programa Posdoctoral de Investigación en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, México.
- Vázquez, M. y P. Vommaro (2008). “La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)”. En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Vol. 6, Nro. 2. Manizales, Colombia.
- Vommaro, P. (2012). “Aproximaciones a las relaciones entre juventudes, políticas y culturas en Argentina y en América Latina actuales: miradas desde las modalidades de participación política de los jóvenes en organizaciones sociales”. En: Kriger, M. (comp.). *Juventudes en América Latina: abordajes multidisciplinares sobre identidades, culturas y políticas del siglo XX al siglo XXI*. Buenos Aires: CAICYT-CONICET.
- (2013). “Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles”. En: *Sociedad*, N° 32. Buenos Aires.